

■ creencias



En busca de Jesús de Nazaret

Entrevista a Fernando Bermejo

por Salvador López Arnal

La Historia y la Teología convergen sobre esta figura para muchos sobrenatural, mientras que para otros es simplemente un atractivo personaje histórico. Hombre o Dios, sabemos con seguridad que fue profeta y mártir, y sobre sus enseñanzas se han edificado reinos, limpiado conciencias y despertado esperanzas.

Doctor en Filosofía y máster en Historia de las Religiones, el doctor Bermejo Rubio es un reconocido experto en la historiografía sobre Jesús de Nazaret, el cristianismo antiguo y el maniqueísmo. El doctor Bermejo Rubio ha sido profesor en el Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) y docente del cristianismo antiguo en el Máster de Historia de las Religiones (Universidad de Barcelona) y en el de las Religiones y Sociedades (Universidad Pablo de Olavide, Sevilla). Ha impartido conferencias y cursos en varias universidades españolas, y ha sido conferenciante invitado en las universidades de Lausanne (Suiza) y Cambridge (Reino Unido). Autor de numerosos artículos de investigación en prestigiosas revistas europeas y norteamericanas, así como en volúmenes especializados, entre sus publicaciones cabe citar aquí *La escisión imposible. Lectura del gnosticismo valentiniano* (1998) y *El maniqueísmo. Estudio introductorio* (2008). Fernando Bermejo Rubio ha preparado también la edición copto-castellana de *El Evangelio de Judas. Traducción, introducción y notas* (2012) y la edición de *Maurice Goguel. Judíos y romanos en la historia de la pasión* (2018). Esta entrevista gira alrededor de su último libro, *La invención de Jesús de Nazaret*.

—¿Cuánto tiempo le ha llevado el estudio, la investigación y la escritura del libro?

—Algo más de un año y medio. La investigación que lo sustenta se remonta, sin embargo, a unos quince años atrás, y se ha plasmado desde entonces en buen número de artículos y capí-

tulos de libros. En términos de tiempo real, calculo que he dedicado a las lecturas y la reflexión que encierra este libro al menos unos seis o siete años.

—¿Y a quién está dirigido su ensayo, un ensayo que, por cierto, se lee en muchos apartados como una excelente novela? ¿A los especialistas? ¿A personas interesadas en la vida y cosmovisión de Jesús?

—He pretendido escribir un libro del que los especialistas no puedan prescindir (porque recoge la investigación más reciente y porque contiene investigación original que no ha sido publicada previamente en castellano), pero que pueda ser leído por cualquier persona con un mínimo de cultura e interés en la historia de las religiones y en los procesos de mitificación. Sin duda es necesaria, aquí y allá, alguna consulta al diccionario o a Internet, pero se trata —como me han confesado ya algunos lectores sin especial formación académica— de una obra legible, aun si se carece de conocimientos previos sobre el tema. El libro está dirigido a personas dotadas de acumen crítico que aspiran a entender por qué y cómo Jesús se ha convertido en un icono cultural.

—Jesús convertido en un icono cultural. ¿Y qué es un icono cultural exactamente? ¿Qué tipo de icono cultural sería Jesús?

—La expresión se refiere a una persona u objeto que los miembros de una cultura reconocen como la representación de algún aspecto de su identidad. Jesús ha sido convertido en un

■ creencias

icono cultural no solo en el ámbito religioso, sino también, más genéricamente, en los aspectos espiritual y moral, de forma que las referencias a él suelen resultar muy útiles para legitimar los más diversos intereses. Una de las cosas que se denuncian en mi libro es que ese icono tiene, para expresarnos con una imagen bíblica, los pies de barro.

—*Dedica el libro “A la memoria de Jean-François Lefebvre, caballero de La Barre, torturado, decapitado y quemado en Francia a los 20 años el 1 de julio de 1766, acusado de impiedad y de blasfemia. Y a las de las innumerables víctimas de quienes, a lo largo de siglos, explotan la ficción”. ¿Quiénes han sido esas innumerables víctimas a las que hace referencia? ¿Y quiénes son los que explotan la ficción? Más aún, ¿por qué usa el término “ficción”?*

—Las víctimas a las que me refiero son aquellas que ha producido el mito de Jesús/Cristo, una ficción en la medida en que es una construcción cultural gran parte de la cual carece de fundamento en la realidad. Esas víctimas son las personas que a lo largo de los siglos han sufrido persecución, represión, encarcelamiento, tortura e incluso muertes horribles por no compartir la cosmovisión cristiana, y que han considerado que el Cristo eclesiástico es uno de los muchos ídolos ante los que los humanos se postran. Me refiero a librepensadores, heterodoxos (también cristianos), agnósticos, ateos, y desde luego a muchos judíos, que han debido padecer una hostilidad de cuño específicamente cristiano, que depende a su vez de una gravísima distorsión histórica que atribuye la muerte de Jesús no al poder romano de ocupación, sino a los judíos. A lo largo de la historia, esas víctimas se cuentan por millones.

Quienes explotan la ficción son los estamentos eclesiásticos y teológicos, así como los aparatos de poder que han aprovechado el mito de Jesús y las instituciones levantadas sobre él como medio de control social y represión de la disidencia.

—*Le pregunto ahora por el título del libro: “La invención de Jesús de Nazaret”. ¿Jesús de Nazaret es una invención? ¿Y quiénes fueron los inventores? ¿Qué finalidades han tenido?*

—Ya desde la Introducción aclaro que el título no significa que Jesús no existió; de hecho, una sección del libro se dedica a analizar las pretensiones de los llamados “mitistas”, quienes afirman que Jesús no fue una figura histórica. Jesús es una invención en la medida en que gran parte de lo que se afirma sobre él (ya en los evangelios) no parece responder a realidad alguna, pues abunda el material legendario y los anacronismos. Los inventores de esa ficción van desde los autores cristianos antiguos hasta quienes perpetúan hoy en día las ficciones, es decir, la *intelligentsia* cristiana y quienes dependen de sus opiniones. Esa invención prosigue hasta

hoy, también en gran parte de la literatura académica, las artes y el cine.

Los primeros que construyeron la figura de Jesús lo hicieron por interés propio y por necesidad de supervivencia: tras el fracaso de las esperanzas de Jesús y su crucifixión, tuvieron que modificar la fisonomía del personaje para que no apareciera como un profeta fracasado más o como un visionario apocalíptico antirromano; en un mundo dominado por el Imperio

Los aparatos de poder han aprovechado el mito de Jesús y las instituciones levantadas sobre él como medio de control social y represión de la disidencia.

romano, necesitaron construir a un Jesús pacífico y puramente espiritual. Este es el Jesús de Pablo y de los evangelios. Más tarde, cuando las Iglesias cristianas se convirtieron en instituciones con pretensión de durar, la finalidad fue legitimar el discurso tradicional y consolidar el poder adquirido.

—*Habla usted de los límites del conocimiento histórico en varios pasajes de su obra. ¿Cuál es en su opinión el alcance epistémico de la historia? ¿La historia es una ciencia? ¿Genera, por el contrario, simples conjeturas? ¿Puede distinguirse con rigor entre buenas y malas hipótesis históricas?*

—Usted es consciente de que responder cabalmente las preguntas que me formula me exigiría redactar otro libro. Para decirlo de forma sumaria, no comparto ni la visión, al tiempo grandilocuente e ingenua —digamos, decimonónica— de la historia como “ciencia” (pues la historia en cuanto disciplina es en gran parte una actividad reconstructiva que requiere del ejercicio de la imaginación) ni tampoco cierta visión posmoderna que equipara en la práctica la historia con la novelística (pues la elaboración de la primera se halla sujeta a una serie de rasgos, requerimientos y

En España nunca se ha tomado en serio como una prioridad educativa la enseñanza de la historia de las religiones.

controles ajenos a la segunda). Ciertamente, no todas las hipótesis históricas son iguales: es posible distinguir entre hipótesis mejores y peores en función de los datos que toman en consideración, de su completitud, de su grado de plausibilidad contextual, de su capacidad explicativa y de su potencia heurística. Y en mi libro he insistido tanto en el carácter hipotético de nuestros conocimientos, como en el hecho de que algunas hipótesis son epistémicamente muy superiores a otras.

—Las primeras palabras del ensayo: “La constatación de que el tratamiento de Jesús de Nazaret como sujeto histórico continúa imbuido de elementos ficticios, no solo en el imaginario popular sino también en el discurso académico, constituye el punto de partida de este libro”. Añade líneas más abajo: “la intelectualidad contemporánea sigue mostrándose demasiado a menudo incapaz de afrontar con el rigor exigible la investigación sobre el judío Yeshúa ben Yosef”. ¿Por qué y de dónde esta incapacidad? ¿Impresiona vérselas con una figura religiosa de estas dimensiones? De hecho, afirma usted también “la falta de plausibilidad histórica de la aplastante mayoría de obras sobre Jesús, las cuales son poco más que una paráfrasis de los relatos evangélicos que acepta tácitamente la veracidad esencial de esos textos”.

—Hay diversos factores que intervienen y dan cuenta de esa incapacidad. Uno de ellos es la desidia (y la irresponsabilidad)

zan por una cobardía intelectual y moral que les hace amigos de las componendas y les impide adoptar una posición genuinamente crítica.

—Deduzco de sus palabras que, si por usted fuera, la asignatura “Historia de las religiones” figuraría en el curriculum de los estudios de ESO y Bachillerato. ¿Deduzco mal? Entiendo, además, que los contenidos de esa asignatura no equivaldrían a la explicación del corpus dogmático de una determinada religión.

—La historia de las religiones, como disciplina dedicada al estudio riguroso y comparativo de los fenómenos religiosos, es por definición no confesional. El conocimiento de las distintas religiones y de su devenir histórico permite adoptar una mirada informada y crítica frente al fenómeno, mientras que su ignorancia es uno de los factores que fomentan el papanatismo, algo tan útil para los manipuladores y adoctrinadores de turno.

—Dos categorías aparecen varias veces en su ensayo, *emic* y *etic*, la perspectiva *emic* y la perspectiva *etic*. ¿Nos las puede resumir brevemente? ¿Qué papel juegan esas categorías en su estudio?

—En el lenguaje de la antropología, “*emic*” designa la perspectiva interna a un grupo, que refleja sus valores; “*etic*” designa la perspectiva externa del observador. El uso apunta a la necesidad de evidenciar la distancia reflexiva por parte del historiador con respecto al objeto de estudio. Este es solo un ejemplo elemental de los modos en los que en



Fragmento de un mural en Santa Sofía, Estambul.

mi libro se aplican los enfoques y resultados de las ciencias humanas.

—Se muestra usted muy crítico en relación a lo que llama “el modelo de las tres búsquedas”. ¿Qué modelo es ese? ¿Por qué sostiene que es insostenible?

—Es el modelo tradicional que se emplea para “explicar” presuntamente la historia del estudio sobre Jesús, aunque en realidad no explica nada y confunde muchas cosas. La cuarta parte de mi libro parte de una exposición y crítica de ese modelo, para luego poder iluminar, en varios capítulos, en qué ha consistido la historia de la investigación sobre el personaje.

—Señala usted que su obra comprime una gran cantidad de

■ creencias

información y que ha pretendido escribirla en historien pur. ¿Es posible una mirada así? ¿Los prejuicios o la ideología no asaltan al más prudente?

—Por supuesto, toda perspectiva es, por definición, situada, y por tanto limitada. Y nadie escribe desde un lugar aséptico o carente de prejuicios. De hecho, he dedicado una sección de mi libro a hablar de los condicionamientos ideológicos de la investigación sobre Jesús. Sin embargo, en esa sección explico que no todos los prejuicios son equivalentes, y que por tanto no todas las posiciones adolecen del mismo modo de parcialidad y capacidad de distorsión. Por supuesto, la pretensión de escribir *en historien pur* expresa una voluntad de rigor que debe corroborarse. Un modo básico de hacerlo consiste en ofrecer una obra sólidamente informada y cuidadosamente argumentada, en la que el autor se haya tomado el trabajo de controlar y cuestionar sus propios prejuicios, por ejemplo sometiendo lo que va a publicar al juicio previo de quienes discrepan de su posición (un control que yo, debo confesar, he buscado en todo momento).

—Después de su estudio, ¿qué queda en pie del Jesús, hijo de Dios, de las creencias religiosas usuales, las que se imparten en seminarios, colegios e incluso en Institutos o en Facultades de Teología? Usted mismo afirma, por ejemplo, que el examen de los relatos de la crucifixión permite comprobar “su carácter extravagante”.

—Queda en pie que Jesús fue una figura que se consideró el portavoz de la divinidad en la que creía, que debe de haber sido un individuo de personalidad carismática, y que fue crucificado. No obstante, gran parte de los resultados de la mejor investigación histórica se da de bruces con la imagen tradicional del personaje: esta no enfatiza precisamente que Jesús —como se argumenta detalladamente en el libro— fuera un visionario apocalíptico equivocado, o que su proyecto resulte comprensible en el marco de los movimientos milenaristas y mesiánicos del judaísmo de su tiempo (y de los que ofrece la literatura antropológica).

—No cita usted a lo largo de la obra muchos pensadores de la tradición o tradiciones marxistas. Salvo error por mi parte, no hay referencias a Marx o a Benjamin, por ejemplo. Pero hay una excepción que es justo destacar, un pensador y dirigente hoy bastante olvidado, Karl Kautsky. ¿Qué destacaría de las aportaciones del dirigente socialdemócrata? ¿Qué es lo que le interesa de su obra sobre los orígenes del cristianismo?

—He procurado citar a aquellos autores que, en mi opinión, han hecho contribuciones valiosas al estudio sobre Jesús (aunque también he mencionado a otros como paradigmas

de ambigüedad, de prejuicios más o menos flagrantes, o de simple impostura intelectual). Karl Marx ha iluminado —y de qué modo— el funcionamiento de las sociedades humanas, y no negaré que Walter Benjamin es también —aunque intelectualmente no sea ni de lejos comparable con Marx— un pensador agudo, pero, hasta donde yo sé, ninguno de los dos hizo una contribución original al estudio de la figura de Jesús. En mi libro menciono también —pero de modo crítico— a otros marxistas, como Ernst Bloch o Milan Machovec. Y he citado con aprobación a un pensador marxista español, Gonzalo Puente Ojea, cuya obra fue pionera en España a la hora de aproximarse críticamente a la figura de Jesús y a los orígenes cristianos. En relación al estudio de Jesús de Karl Kautsky me parecen destacables la lucidez de muchas de sus observaciones sobre la significación política del mensaje del predicador galileo, así como sus análisis críticos de los relatos de la pasión.

—¿Qué opinión le merecen las aportaciones o consideraciones sobre la vida y el significado de la obra y praxis de Jesús de los teólogos, filósofos, activistas y teóricos ubicados en lo que suele llamarse “teología de la liberación”?

—Más allá de la profunda simpatía que me suscita toda praxis tendente a la emancipación y el compromiso con los más desfavorecidos, desde el punto de vista teórico los teólogos de la liberación son —por definición— teólogos cristianos, que demasiado a menudo reproducen los principales clichés heredados de su tradición. El Jesús que ofrecen estos teólogos —un individuo incomparable y singular que supera espiritualmente el judaísmo y tiene un mensaje de puro amor y no violencia— es una figura enteramente fantástica, que el propio análisis textual y contextual desmiente. Algunos intelectuales judíos han señalado, y con razón, que los teólogos de la liberación no se libran de incurrir en el multisecular antijudaísmo cristiano. Permítame decirlo con toda claridad: cuando hablan de Jesús, los teólogos de la liberación repiten básicamente los mismos disparates que los teólogos conservadores. Y esto me parece lamentable, pues para adoptar una causa justa no se necesita tergiversar la realidad histórica.

—Pero, tal vez, esa imagen que transmiten los teólogos de la liberación tenga finalidades político-didácticas, sin aspirar a la exactitud intelectual. Su finalidad no es hacer historia rigurosa sino construir una religión cristiana que focalice su interés en los más desfavorecidos, en los sufrientes del mundo.

—Sin duda esa es la finalidad de muchos de ellos. Lo que me pregunto es por qué alguien que pretende defender una causa justa necesita recurrir a relatos que suponen una distorsión de la verdad (o la verosimilitud) histórica. A mí, tal opción no me

parece intelectualmente –y me atrevería a decir que tampoco éticamente– respetable.

—Entre las dos grandes corrientes del cristianismo, catolicismo-protestantismo, ¿alguna diferencia que convenga retener o destacar?

—Entiendo que la pregunta se refiere específicamente al estudio o la presentación de la figura de Jesús.

—Efectivamente.

—En la medida en que carecen de una dirección unitaria semejante al papado, los teólogos protestantes tuvieron durante mucho tiempo mayor libertad que los católicos para analizar las Escrituras con el método histórico, y de hecho comenzaron a hacerlo antes. Esto explica que la mayor parte de las contribuciones críticas sobre los textos fundacionales del cristianismo y sobre la figura de Jesús realizadas en el ámbito confesional en los siglos XIX y XX provenga de autores protestantes.

Jesús se consideró el portavoz de la divinidad en la que creía, un individuo de personalidad carismática, y fue crucificado.

—Le cito: “Los análisis efectuados corroboran y fundamentan ulteriormente lo que algunos estudiosos han sugerido de forma ocasional, a saber, que gran parte de lo que se ofrece y vende en la actualidad como la ‘búsqueda del Jesús histórico’ no lo es en absoluto. Lejos de consistir una genuina pesquisa, constituye una empresa en la cual lo único que se busca es, en la medida de lo posible, apuntalar mediante el discurso académico una comprensión teológica del personaje que se posee de antemano”. No deja usted muy bien al mundo académico. ¿No exagera un poco?

—Lamentablemente, no exagero. De todos modos, yo hablo de impostura intelectual solo en contados casos en los que no me parece haber otra explicación para la sistemática falta de rigor, que en tales ocasiones raya en la charlatanería. En la mayor parte de los casos, la existencia de híbridos de historia y teología se explica como resultado de una insuficiente formación o del autoengaño del autor de turno.

Aun así, permítame aclarar que yo no critico al mundo académico *tout court*, sino solo a una parte –eso sí, no insignificante– de él. Pero en mi libro cito con aprobación a todos aquellos autores que se distinguen por su sentido crítico y su perspicacia, por la plausibilidad histórica de sus hipótesis y por

la consistencia de su discurso, de los cuales he aprendido mucho.

—El Jesús ario del que nos habla en el último de los apéndices, ¿sigue teniendo partidarios en la actualidad? ¿Hitler estuvo interesado por esa, digamos, conjetura? ¿Quién pudo influirle? ¿Rosenberg tal vez?

—Hasta donde yo sé, el Jesús ario dejó de tener partidarios en el mundo académico hace mucho tiempo. En el apéndice correspondiente me refiero a algunos biblistas y teólogos nazis o filonazis, como Walter Grundmann, que pueden haber influido en Hitler, y que sin duda influyeron no poco en otros alemanes de su tiempo.

—¿Qué opinión le merece, como historiador de las religiones, el uso que hizo el nacional-catolicismo español de la figura de Jesús? ¿Estamos lejos actualmente de esa concepción?

—No sé si puede hablarse de un uso específico de la figura de Jesús por parte del nacional-catolicismo, más allá del uso tópico del Cristo de la fe tradicional de las Iglesias, que apenas tiene algo que ver con la figura que la investigación histórica permite recuperar. Si acaso, podría hablarse de la ironía que supone, para el historiador, el uso del concepto de “Cristo rey”, dado que Jesús sí parece haber albergado una pretensión regio-mesiánica, pero la de un rey terrenal davídico y devoto de la Ley cuyo reino estaba llamado a ser “de este mundo”. Uno se pregunta qué tenía que ver el Cristo de Franco y sus adláteres con este, y la respuesta resulta obvia.

—Partiendo de sus investigaciones, de los resultados mejor establecidos entre la comunidad de investigadores, ¿cuáles serían las características de Jesús que sería razonable aceptar?

—Permítame una matización respecto a la formulación de la pregunta. En mi libro doy a entender que, habida cuenta de los intereses apologéticos en juego en lo relativo a Jesús, resulta problemático atenerse al “consenso” en algunas cuestiones cruciales, porque en este caso tal “consenso” es epistémicamente sospechoso. Algunas de las hipótesis más plausibles sobre Jesús no son moneda corriente entre muchos especialistas, precisamente porque desmontan el mito que muchos pretenden perpetuar. Que la religiosidad de Jesús se comprende en el seno del judaísmo es algo que sí admite hoy en día casi todo el mundo, pero no la existencia de alguna implicación del predicador galileo en la resistencia antirromana o la idea de que su personalidad es comprensible en el contexto de los movimientos milenaristas y mesiánicos. La segunda parte de mi libro, dedicada a la reconstrucción histórica del personaje, responde detalladamente la pregunta que me formula ■